

JULIO CORTAZAR

Editorial Taurus, Madrid, 1981.

Antología de estudios y ensayos.

Editor: *Pedro Lastra*. (Persiles-126.

Serie El Escritor y la Crítica. 358 págs.)

*¡Ay Blake, el siglo veinte no es un simple grabado en que batallan el arcángel y el diablo!
Es esta trampa en que luchamos, es esta lluvia que nos ciega.*

Heberto Padilla,
El justo tiempo humano
(La Habana, 1962)

Para M., innombrable.

Agradecemos a Pedro Lastra que haya interrumpido su emocionante trabajo poético para prepararnos este libro sobre Julio Cortázar. La rigurosa selección de los textos muestra un ritmo muy claro —aunque pueda ser una claridad que se esconde a sí misma—, que no dejará de advertir el lector cuidadoso. La cortesía personal e intelectual de Lastra lo ha hecho incluir textos muy variados, incluso los que puedan estar lejos de sus propias posiciones críticas.

En esta nota no es posible revisar todo el texto, tan rico y lleno de visiones diversas. El propio Lastra se excusa por posibles omisiones. Yo hago lo mismo, con dos atenuantes: en primer lugar, soy un medievalista *in partibus* (como todos los medievalistas, pero algunos no lo saben); en segundo lugar, hay cierto “conflicto de intereses”: yo traduje el brillante ensayo de Alain Sicard sobre la noción de “figura” en Cortázar, sobre la cual tengo algo que añadir. Por tanto, el perdón se busca y solicita.

Como hay que empezar por algún texto, lo haré con el de Alicia Borinsky, ejemplar en más de un sentido. Es un texto un poco antiguo, y la profesora Borinsky, en sus escritos más recientes, parece andar por otros caminos. Sin embargo, me parece ejemplar: ahí aparece nuestra dificultad latinoamericana para liberarnos de Sartre (el “espíritu de seriedad”), y al mismo tiempo, la apertura a otras voces (autorreflexividad, escritura). Tengo mis reservas sobre esto último (la “metafísica de la escritura”, diría Foucault), pero este trabajo, como los posteriores, sitúa a Alicia Borinsky en el primer plano de la crítica literaria hispanoamericana actual.

Los textos de Alejandra Pizarnik, de Oscar Hahn, de Pedro Gimferrer y de José Lezama Lima son difíciles de juzgar para un mero profesor de literatura. Son los iguales de Cortázar y se enfrentan a él con una profundidad impresionante. Lezama, como siempre, es “el Oscuro”, aunque no lo fue ante ciertas autoridades (cf. *Linden Lane Magazine*, enero/marzo, 1982, pp. 16-18).

Uno de los trabajos más ambiciosos y brillantes es el de Roberto González Echevarría. Ahí sí se despliega, hasta el amargo final, la metafísica de la escritura. Es

impresionante su erudición, pero sorprende un poco que cite tanto a Plutarco y no al antecedente más obvio, el *Thésée* de André Gide. Para seguir en la línea de Foucault, *Los reyes* plantean un problema de *poder*, en el cual se entienden Teseo y Minos, contra el Poeta (el Minotauro). Algo de esto ya está en Gide: el cinismo de Teseo, que hace morir a su propio padre merced a un "olvido", y abandona a Ariadna:

*Ariane, ma soeur, de quel amour blessée
Vous mourûtes aux bords aux vous fûtes laissée?*

El trabajo del Profesor González Echevarría está lleno de inteligentes observaciones, pero es un poco llamativo que las cuestiones del poder lo dejen sordo —a un hombre con tan finos oídos—. Claro que no estoy haciendo justicia a su artículo. No caben dudas acerca de su brillantez, pero no ha habido tiempo.

En cuanto a las novelas, creo que hay que decir algo que, al parecer, no se ha observado hasta ahora. Mircea Eliade, que es un gran novelista y cuentista en rumano (se puede leer en español su extraordinaria novela *La noche bengalí* [*Maitreyi*, en el original rumano]), publicó en 1957 (Gallimard) su más importante novela: *Forêt interdite* [título original rumano: *Noaptea de Sanziene*, *La noche de San Juan*]. Las semejanzas con *Rayuela* son considerables: el protagonista, Stephan Viziru (atención a los nombres: "stéphanos" = "el coronado", Horacio Oliveira, coronado de laurel en cuanto al nombre de pila, asociado con los olivos y el Mediterráneo, y con Olivier, que parece haber sido el primer héroe de las más antiguas versiones de la *Chanson de Roland*), como Oliveira, también busca el nombre secreto. Lo hace a través de "figuras" múltiples, tratando de descifrarlas. Al final de su esfuerzo no está el "kibbutz del deseo", pero algo bastante parecido: la "bergerie", el redil. También hay un descenso a los infiernos, de los cuales Viziru no retorna: una de las dos mujeres esenciales del libro, Ileana, se manifiesta, al final, como un "ángel de la muerte". Viziru, que la había conocido en una noche de San Juan en Bucarest, noche en la que se abren los cielos y es posible restablecer esas comunicaciones de que el propio Eliade ha hablado en sus libros teóricos, muere junto a ella, en Francia, a la salida de un bosque no muy disímil del bosque de Bucarest donde se habían conocido.

Las diferencias entre ambas novelas no son menos notables: la de Eliade es de corte bastante "clásico", mientras la de Cortázar rompe con esos moldes (al menos, en apariencia). No estoy sugiriendo (y conozco la *Verneinung* de Freud) que Cortázar haya sufrido (?) la influencia de Eliade. Sería torpe: dejemos eso a Asturias. Sin embargo, es un poco embarazoso que Cortázar nunca mencione las obras literarias de Eliade, aunque sí se refiere a sus estudios como historiador de las religiones. Pero eso es *de bonne guerre* y todos lo comprendemos. Sólo intento, con estas observaciones, que algún lector de habla española lea a Eliade con la atención y el cuidado que su obra de ficción ampliamente merece y exige.

Hay otros trabajos muy notables, como el de Juan Durán Luzio sobre *Los premios*, el de Saúl Yurkievich sobre la mántica en Cortázar, y el penetrante ensayo del propio Lastra

y de Graciela Coulson (ella, por desgracia, ausente) sobre el horror en *Octaedro*. Estos, como los demás, han sido escogidos con el buen gusto y la sutileza característicos de Pedro Lastra. He aquí una contribución importante, no una mera adición al catálogo de la biblioteca de Babel.

ADRIAN G. MONTORO

State University of New York
at Stony Brook.

LA VIDA SIMPLEMENTE

De *Oscar Castro*

Editorial Universitaria

Hace treinta y dos años —y ya muerto el autor— se publicó la primera edición de "La vida simplemente", novela de Oscar Castro, obra "empapada en la propia vida" del poeta, según nos dice el editor. Ahora llega hasta nosotros nuevamente, impresa por Editorial Andrés Bello y con un prólogo constituido por el hermoso artículo con que Alone celebró la primera aparición.

En ciencias y tecnología se habla del "cansancio de los metales": el daño causado por el paso del tiempo y el esfuerzo. También podría decirse que algunos libros "se cansan", se desgastan con el transcurso de los años, envejecen y llegan a morir con ese tipo de muerte que es el olvido. Treinta y dos años es tiempo de sobra para que ocurran el cansancio, la decadencia y la desaparición. En otras palabras, es una fuerte prueba. Y aquí estamos, ante "La vida simplemente", leyéndola palabra por palabra y experimentando el don de su vitalidad, de su permanencia. Oscar Castro era, ante todo, un poeta, y la poesía fue su tarea principal. Tal vez por eso sus dos principales novelas permanecieron en el silencio; tal vez, ante el juicio del poeta, eran secundarias comparadas con su obra lírica; tal vez dudara de su oficio de narrador, a pesar del éxito notable que alcanzaron sus cuentos. Tal vez.

Y aquí estamos, ante la historia dolorosa, pero nunca lacrimosa, de un niño casi mendicante sumergido en la atmósfera nocturna y miserable de un prostíbulo. Una historia que alguien con menos talento de narrador habría convertido en un mar de lágrimas o en un mar de amarguras. O en un edificante ataque de pseudorromanticismo. Pero no ocurre así. Oscar Castro era un eminente narrador, aunque por su prosa fluya también la poesía, como fluyen la inocencia y la pureza en esta vida, simplemente, de un niño desposeído. Oscar Castro escribe con sangre, en la entraña viva, en la verdad que destella y se ennoblece en medio de la jungla de borrachos, asesinos, jueguistas pendencieros y mujeres sin destino.

No es por casualidad ni por descuido que decimos inocencia, pureza, nobleza. Son los signos de la impresión más honda que queda después de la lectura de este libro. Una